

XIII

RE
LA
TOS
CORTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s
2 0 1 1

Aroma de lilas

Enrique Álvarez Fernández

Estaba soñando que se bañaba en la playa de Islares y se despertó. Su primera sensación fue de agobio: se encontraba en un lugar muy estrecho y completamente a oscuras. Tenía los miembros acalambrados; los brazos, en particular, no los sentía. Con gran esfuerzo logró mover una pierna, después la otra. ¿Dónde estaba? De momento no recordaba nada, excepto que él era él, que aquel cuerpo agarrotado era el suyo. Estaba en decúbito supino, cosa insólita porque él jamás dormía en esa posición. Tenía los brazos extendidos y las manos juntas sobre la zona genital. No respiraba bien por la nariz, había abierto la boca y agitaba con ansiedad los músculos de la respiración. Olía a flores y a madera nueva. ¡Dónde estaba!

Dejó escapar un grito, dos palabras de horror, pero, fiel a su carácter, al instante se contuvo. El sosiego y

la paciencia no le habían abandonado. Lentamente comenzó a mover un brazo. Separó una mano de la otra y con dolor, con pánico y angustia, pero también con resignación, fue alzando poco a poco la diestra hasta tocar, bien próxima, la tapa de madera. Luego hizo lo propio con la izquierda, y lo mismo: no había duda. En la total oscuridad se incorporó después unos centímetros; antes de lo esperado su frente chocó con la tapa del féretro: no había error posible. Se quedó otra vez inmóvil, abatido, vaciado por la sorpresa y la impotencia. Aquello era el colmo, el suplicio final, la única prueba que le faltaba.

De una manera espontánea, como costumbre arraigada en lo más hondo de su alma, una frase acudió pronto a su conciencia: “Acuérdate de Jesucristo”. Y se sintió confortado. También ahora y allí, también aquella vez el Señor le ayudaría, como siempre. Era cuestión de tener fe, un poco más de fe tan solo. Y, al reconocerlo, al reencontrarse a sí mismo como fiel paciente unido en toda circunstancia al Crucificado, notó –o revivió– aquel dolor en el pecho, aquel desgarró en el corazón muy distinto de la opresión respiratoria que le agobiaba ahora, y con él la memoria empezó a iluminarlo paulatinamente hasta que pudo convencerse casi por completo de la verdad de su situación.

Su último recuerdo era un hospital, una sala de urgencias, una camilla, un aparato frío presionándole sobre el tórax desnudo. Antes de eso, una ambulancia, la voz nerviosa de Sor Anamari, un alboroto de vecinos en la escalera de casa. Y, antes de eso, unos días de dolor, unas noches interminables de insomnio. Y, antes, un mes y muchos meses de sufrir en silencio, sin una

queja. Y, antes, su vida entera, cincuenta y cuatro años que se agolpaban en su memoria con el desorden propio de sus múltiples trastornos y agonías, pero con la certeza táctil de lo real. Era claro lo sucedido: aquel hombre enfermo que era él, Guzmán Ibáñez, había sucumbido al fin a un ataque cardíaco, pero había sucumbido, como alguna vez ocurre, falsamente; su organismo, ya raro de por sí, y alterado además por tanta prueba y tratamiento, había engañado al parecer a los doctores.

Algo, sin embargo, se le hacía ya extraño, algo que le incitaba a dudar sobre su lucidez. No podía formarse una idea precisa, ni tampoco aproximada, del tiempo que había transcurrido desde su “defunción”. Por lo que él sabía de casos como este, lo normal no debían de ser más de dos o tres días, pero él tenía la impresión, por absurdo que fuera, de que llevaba ya allí, en aquel estado, mucho tiempo, tal vez una semana, tal vez incluso un mes o un año entero. En cierto modo era una sensación similar a la que había experimentado tantas veces a lo largo de su vida al recobrar la conciencia tras una cura de sueño en el sanatorio, una sensación de desorientación temporal, esa amnesia transitoria de quien lleva durmiendo profundamente durante más de un día, solo que ahora la distancia parecía mucho más grande, una distancia en verdad de meses o años, como si aquel último sueño en la playa inmediatamente antes de despertarse no hubiera sido más que el final de un viaje de enorme duración.

Instintivamente, se llevó una mano a la cara. Y otra vez se asustó: estaba helada. Todo su cuerpo estaba yerto, y ello explicaba su agarrotamiento, que en algunas partes era casi insensibilidad. Pero la memoria

volvió en su ayuda: ahora era diciembre, o por lo menos diciembre –primeros de diciembre– era el mes en el que había acontecido su última enfermedad. De poco podía servirle la protección de una simple caja de madera, y más en una tierra tan fría como aquella, en la que ya había nevado aquel otoño un par de veces. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? A juzgar por el olor intenso y fresco de las flores –sin duda, lilas–, se diría que apenas unas horas, pero entonces ¿cómo es que le resultaba tan lejano el recuerdo de los últimos momentos de su vida? Y ¿cómo es que el dolor aquel del corazón, el que le había llevado al Hospital, le parecía ahora solo la reminiscencia de una antigua enfermedad ya superada?

Al palpase un poco más se percató de otra cosa sorprendente: la sotana que llevaba puesta parecía rota o por lo menos roída, carcomida por la humedad, como si fuera la sotana de un hombre enterrado hacía años, o como si las monjas que le habían atendido en aquel último periodo de su vida hubieran optado por respetar al pie de la letra, y hasta las últimas consecuencias, su deseo de vivir pobre y de morir más pobre aún, y hubieran escogido para su sepultura aquella especie de andrajo, aunque era difícil imaginar cómo podían habérselo procurado. Se palpó también por debajo de ella, se palpó los calzones –o lo que le parecieron tales, porque nunca se había cuidado nada de su ropa interior– y se le antojaron tan harapientos como la sotana. Y se palpó por último los muslos, el vientre, la cintura, se palpó con congoja creciente, porque aquel cuerpo suyo era casi un esqueleto, una osamenta con piel, mucho más descarnado, sin duda alguna, de lo que había llegado a estar nunca con los ayunos y privaciones propios de su vida de asceta enfermizo.

Guzmán comenzó a agitarse. Cedió a un impulso nervioso y comenzó a tantear la tapa de la caja, que por supuesto estaba del todo firme, y pronto la golpeó con los nudillos, primero con moderación y en seguida con ímpetu, con toda su fuerza, hasta que el dolor de las manos –muy pronto– se le hizo insoportable y se convenció de la inutilidad de aquel empeño, porque tal vez podía ya llevar semanas allí pero el ataúd desde luego no estaba precisamente podrido.

“Acuérdate de Jesucristo”, volvió a decirse, y volvió a hacer un acto de fe, un nuevo esfuerzo de resignación. Era más necesario que nunca tener paciencia, era más conveniente y provechoso que nunca ofrecer aquel padecimiento por la salvación de las almas y por el bien de toda la humanidad. Sin duda, el Señor le pedía aquel último sacrificio. Después de todo, no podía durar, no podría resistir mucho tiempo allí, a lo sumo cuatro días o cinco, calculó, y luego, para él, ya vendría la paz tan anhelada, el premio y recompensa a tanta fatiga, el colmo absoluto de todas sus esperanzas. Tenía que ser así, puesto que, al fin y al cabo, si lo consideraba bien, su última enfermedad no había sido gran cosa. Si lo consideraba bien, en el Hospital había sufrido poco, había pasado realmente sin una agonía que pudiera merecer tal nombre.

Guzmán trató de recordar entonces situaciones más difíciles que aquella, que habían abundado en su vida, no solo enfermedades, del cuerpo y del alma, depresiones frecuentes, también rechazos, acusaciones injustas, incomprensiones múltiples. En su juventud, en el seminario y en sus primeros años de sacerdocio, se había granjeado fama de visionario y lunático y a

duras penas había ido progresando en la profesión. Luego vino el tiempo de la normalidad, pero también el de la aridez y la gran paradoja: cuanto más humilde y menos dotado se sentía como sacerdote, más en aumento había ido su fama de santidad, una fama desmesurada, sin fundamento real, que sobre todo en los últimos años le había ocasionado incomodidades y desazones sin cuento. En verdad era mucha la gente que le tenía veneración, fieles que le molestaban, que le asediaban, que una y otra vez le malentendían, pero fieles a los que él en todo momento había soportado con la mayor paciencia; era su oficio y su carácter y sin duda era también la gracia de Dios, que nunca le dejó de su mano.

Ahora tenía que superarse a sí mismo. Lo más probable era que el Señor hubiese considerado que su copa de sufrimiento aún distaba de estar colmada. ¿Cómo compararse, en efecto, con Francisco de Asís, con Juan de la Cruz, con el Cura de Ars, con Gema Galgani o cualquiera de los grandes santos? Tenía que resistir aquel poco más, y resistirlo sin escandalizarse, porque, después de todo, ¿qué eran esos cuatro o cinco días que le esperaban encerrado y recostado en aquella caja de madera nueva y limpia, que aún olía a lilas frescas, comparado con los treinta años que Antonio pasó solo en el desierto, asediado de fieras y de demonios, o los veinte que Simeón resistió sin moverse en lo alto de una columna?

Cuatro o cinco días a lo sumo: su debilidad, su inanición y desde luego la escasez de oxígeno le harían imposible sobrevivir más tiempo allí. Era, pues, necesario no desperdiciar esas horas que la bondad de

Dios le había concedido para expiar del todo sus culpas y disponer de la mejor manera su alma ante el terrible y definitivo Juicio. Inició una acción de gracias, que quiso prolongar como en él era costumbre, pero en seguida le pareció como si la caja en que se hallaba aprisionado se hiciera por momentos más estrecha y comenzara a asfixiarle. Debía agradecer que fuera así, debía aceptarlo con alegría, pero hubo de violentarse para refrenar sus brazos, que de nuevo se lanzaban a golpear la tapa.

Preso de la mayor angustia y respirando agitadamente, le sobrevino un pensamiento que al punto se le presentó como liberador: su deber era golpear, su deber de hombre y de cristiano era no dejarse morir allí, como en un suicidio lento. Y entonces lo hizo ya con saña, con toda su energía, no solo golpear hacia arriba y hacia los lados con puños, codos y pies, también gritar, y gritó socorro, ayuda, estoy aquí. Gritó y golpeó desesperadamente diez minutos, veinte, treinta (imposible tener noción del tiempo), no hasta quedar exhausto, que aún no lo estaba, sino hasta que otro pensamiento, mucho más clarividente al parecer, le devolvió de inmediato a la quietud. En modo alguno debía permitirse reaccionar así. Aquella furia era indigna de su nombre y del talante dócil y pacífico que había mantenido en todas las pruebas de su vida. ¿Qué dirían ahora de él si le oyeran? Y qué dirían, no solo en mera hipótesis, sino quizá, de hecho, ahora mismo en la pura realidad. ¿Acaso era descartable que su tumba, en el cementerio de aquella ciudad pequeña donde habían transcurrido sus últimos quince años, no estuviera siendo ya objeto de visitas continuas de tanta gente devota como le había venerado en todo ese tiempo? ¿Acaso

no se iban a sentir escandalizados irreparablemente, por más que el instinto de supervivencia fuera un hecho justificable incluso en las personas con fama de santidad?

Pero no, no debía pensar en eso, debía tan solo confiar en Dios, confiar y esperar, no sentirse abandonado por Él ni siquiera en aquel trance. Alguna solución acabaría por aparecer, cómo dudarlo, cómo dudar de que el tiempo, el simple paso del tiempo, antes o después, todo lo remedia en esta vida. Lo malo era que allí, en aquel lugar, precisamente el tiempo parecía no transcurrir. Lo que a él le habían parecido diez minutos igual podían ser tan solo diez segundos que diez horas. Aquella oscuridad y aquel silencio le harían enloquecer bien pronto, era más que previsible. Se llevó la mano diestra a la muñeca izquierda en busca de su viejo reloj: le habían enterrado sin él, y lo lamentó porque, aunque no era fosforescente, el simple hecho de oír su tictac cuánto le hubiera aliviado. Trató entonces de encontrar su rosario, ¡cómo no se le había ocurrido antes! Lo buscó en el bolsillo de la sotana, se palpó por todo el cuerpo. Lo normal habría sido que Sor Anamari se lo hubiera colocado entre las manos en el ataúd y que al moverse después, al recobrar la conciencia, lo hubiera dejado caer por entre los pliegues de la sotana. El rosario siempre fue su compañero más fiel; en las peores tribulaciones la piadosísima Virgen María no dejó jamás de ir en su auxilio: ahora era el momento de recurrir a ella, de recitar una y otra vez el avemaría con la certeza de que solo así evitaría la locura que se le echaba encima.

Tanteó todo el féretro una y mil veces, pero no dio con el rosario, allí no estaba. ¡Cómo era posible que a Sor

Anamari se le hubiera pasado un detalle tan importante! Qué poca cabeza la de aquella monja, qué calamidad. Y volvió a la crispación. Aporreó de nuevo la caja. Gritó ayúdenme, soy el padre Guzmán, me han enterrado vivo, vivo, vivo, sáquenme de aquí por caridad. Pero, aunque gritó hasta la afonía y aporreó hasta lacerarse los nudillos y los codos y aún el cráneo, tampoco esta vez llegó hasta el límite. Un nuevo pensamiento le contuvo finalmente: era evidente que aquella caja no cedería, como era evidente que nadie alcanzaría nunca a oírle: se iba a morir renegado además de lacerado, y cuando dentro de algún tiempo procedieran a la exhumación oficial de su cadáver, en lugar de confirmar y atestiguar los indicios de la santidad, la desolada comisión se toparía con la inequívoca figura de la desesperación.

Un frío negro le invadió por completo. Aún movió unos instantes ambas manos, torpemente las condujo hasta la boca: tenía aliento, por supuesto que tenía algo de aliento, respiraba, un soplo tibio que fue como el susurro de su eterna y maldita pervivencia. Estaba condenado, y condenado para siempre, esa era la verdad que al fin se le imponía: a pesar de sus cincuenta años de piedad, de tantas mortificaciones y ejercicios de virtud, el juicio último le había sido enteramente adverso y he ahí que se encontraba ya entre los precitos. Entonces respiró más hondo y, al hacerlo, al penetrar con violencia hacia su pituitaria aquel intenso aroma a lilas, su memoria se desbloqueó de pronto e iluminó como un relámpago la oscuridad del ataúd. No eran flores fúnebres lo que tan agobiantemente olía, no, era el perfume indeleble de L., aquella joven divorciada que había acudido un día funesto a su confesionario,

a poco de regresar restablecido del hospital, aquella amiga dulce e infeliz que había sido la causa de su caída y de su defección.

Con odio y amargura quiso pronunciar su nombre y maldecirlo, pero en seguida comprendió que no servía de nada. Era estéril gritar, golpear, pedir misericordia a Dios o desear siquiera por curiosidad un solo gesto cínico y jocoso de aquel embaucador que al fin se había salido con la suya. Todo era ya ilusorio, imposible, y su yerta mano diestra, que había administrado tantas veces para otros la gracia y el perdón, a él solo le iba a servir de ahora en adelante para taparse la nariz con repugnancia, inútilmente.